

ñor Calvi no hablaba nunca, como los otros maestros, de las miserias de su profesión, y acaso ni las sentía; era un proyectista desinteresado. Por otra parte, estaba trabajando hacia ya bastante tiempo en un nuevo Silabario: una idea completamente nueva, que si prosperaba lo haría célebre y rico. A la sazón se ocupaba muy particularmente en madurar otra idea, cual era la de proponer como libro de lectura universal, en las escuelas primarias del Reino, el Código penal; y siempre que veía á Emilio le hablaba muy largamente de esto, demostrándole cómo dicho Código, oportunamente dividido para las distintas clases, y comentado, ofrecía todas las condiciones apetecibles de un libro de lectura perfecto para las escuelas populares. De otros muchísimos proyectos hablaba con el joven, cuidando siempre de decirle, dirigiéndole una significativa mirada: «es una idea mía»; para darle á entender que se lo confiaba bajo condición tácita de que Emilio respetase el derecho de propiedad, y continuaba diciendo:—«No diga usted nada á nadie, por ahora.» En este mundo vago, puramente ideal, vivía satisfecho, escatimándose la comida para gastar en sellos de franqueo y paseando solamente desde su casa á la escuela, y desde la escuela á su casa, su gabán larguísimo, siempre lleno de lamparones, y desabotonado siempre. En el pueblo lo tenían algunos por medio chiflado; otros, por el contrario, hablaban de él con mucha consideración. Tal vez habría prosperado más si hubiera vivido desde joven en una población más grande, en compañía de profesores cultos y de talento, las facultades que en su espíritu eran excesivas y lo extraviaban, habrían sido contenidas al chocar con las facultades semejantes, pero más sólidas, de los otros. Pero viéndolo siempre en aldeitas donde no había quienes pudieran curarlo con sus instrumentos mismos, el señor Calvi no hacía sino adelantar siempre en el camino de las utopías y de las extravagancias. Su mujer, profesora en partos, lo consideraba como un hombre superior: lo envidiaba.

Con este hombre tan original, y con el secretario, pasaba Emilio los pocos ratos que la escuela y los trabajos de casa le dejaban libres, que no eran mu-

chos, porque, entre otras cosas, la instrucción obligatoria había aumentado el número ya considerable de registros que debía él tener ordenados desde el principio. No había ocasión para encontrarse con otros. La señora Pezza, muy achacosa, se encerraba en casa en cuanto salía de la escuela, y además, habiendo solicitado por causa de enfermedad su cese para fin de año, considerábase ya extraña al pueblo. Una vez sola, transcurrido ya un mes desde su visita, encontró el joven al cura, cuyos ojos azules sin vida, y cuyo saludo frío, no le animaron á detenerlo; también era el cura un solitario que de todos huía. Tampoco vió más que una vez, en el transcurso de cuarenta días, á la maestra señorita Vetti, que iba de vez en cuando á comprar algo á casa de la maestra señora Falbrizio, la cual tenía un tenducho de mercería, como una cáscara de nuez por sus dimensiones. La misma forma de aquel pueblo larguísimo contribuía á que Emilio tropezase muy raras veces con las contadas personas con quienes habría podido cambiar algunas palabras. A las ocho de la noche ya parecía que Altarana se había hundido en la falda de la montaña, y apenas si algunas lucecillas diseminadas aquí y allí revelaban que existían criaturas vivientes en aquel espacio negro. Solamente en una noche de cada semana, á cosa de las diez, cuando no tenía la nieve un metro de altura, veía Emilio desde la ventana pasar por la calle algunas sombras, y oía algún trozo de conversación, que cesaba en seguida; eran las pocas personas principales del pueblo que salían de la velada del médico titular, cuya mujer, joven y muy bonita, tocaba el piano; la señora de un asesor licorista; el administrador de correos, con su hermano el boticario; el pretor, joven aún, con su madre, y la prima del alcalde, casada con el recaudador, un salvajote barbudo que recorría todo el año aquel valle con su escopeta de tahalí como un cazador de oficio. Luego que éstos habían pasado, no se volvía á oír en toda la noche más que el zumbido del torrente.

LA SEÑORA FALBRIZIO

Emilio había pasado así tres meses, creyendo haber hallado por fin el asilo de la paz, cuando una conversación que casualmente tuvo con la maestra señora Falbrizio le hizo comprender que también en Altarana había asperezas. La señora Falbrizio tenía su escuela en una casa solitaria, situada cerca del pueblo, en un campo mucho más bajo que el camino que lo flanqueaba. Ocupaba su clase una habitación del piso bajo, y en un cuartito inmediato tenía abusivamente una escuela privada de niños un tal Canigallo, amanuense antiguo que había estado ya en un manicomio; un misántropo de cabellera larga, á quien ninguno había visto nunca con camisa limpia. El piso superior, aún sin terminar, servía de almacén de maderas al propietario, concejal de Altarana.

Emilio vió una mañana á la señora Falbrizio en la puerta de su tienda, con el pañuelo á la cabeza, como de costumbre. La maestra lo llamó y le hizo entrar. Detrás del mostradorcillo había un chicuelo durmiendo en su cuna.

—¿No sabe usted la novedad?—preguntó la maestra.

Emilio no sabía nada.

—Me han despedido.

El joven no quería creerlo.

—Pues nada, es la verdad.—prosiguió la maestra con

aire apesadumbrado;—vaya usted á verlo á la alcaldía. El señor alcalde ha mandado fijar el extracto de la sesión del concejo en que todo está dicho, que me han separado.

—¿Separado?—exclamó el maestro asombrado de aquella tranquilidad;—¿y por qué razón?

—¡Oh!—respondió la maestra.—¡Por tantos motivos! La cosa venía ya preparándose hace mucho tiempo. Usted no sabe. Es una historia. Pero yo estoy ya dentro de mi derecho. El contrato es por tres años; me despiden seis meses antes; de manera que ya usted ve. Estoy segura de que el Consejo de Instrucción pública no les dará la razón. Oiga usted: mi marido es leñador; yo, con esta miaja de tienda, gano muy poco; agregue usted á esto que al cabo de diez años de matrimonio, ha venido al mundo este gusarapo, que en realidad no sé cómo el Señor me lo ha enviado. Ya ve usted que tenemos necesidad de ese sueldecillo. No es gran cosa. Trescientas sesenta y seis pesetas con treinta y tres céntimos. Pero es el pan y la mnestra.

—¿Pero de qué modo le han despedido?—volvió á preguntar el maestro.—¿Sin un por qué? ¡Qué cosas habrán dicho en la sesión!

—En el proceso verbal se ha dicho que no sirvo para la enseñanza. ¿Qué le parece á usted? Es cierto que solamente he seguido un curso de otoño; pero sé mi obligación, hasta el punto de que los inspectores han salido siempre contentos de mi clase. ¡Oh! Por ese lado estoy muy tranquila. Para despedirme por ineptitud es menester que venga el consentimiento del Inspector. Ya veremos esta primavera. ¡Oh! Pero... hay aquí otros porqués.

El maestro continuó esperando, seguro de que poco á poco iría diciéndoselo todo.

—El primer porqué... ¿Usted comprende?... La cosa principió el año pasado. Yo vine aquí á ocupar el puesto de otra maestra, que era también del pueblo; una joven que después ha tenido que marcharse porque... no podía estar aquí. No gustó de hablar mal de nadie; pero se trata de cosas que sabemos todos. El

alcalde es viudo y está en buena edad; decíase que entre él y la maestra existía, como si dijéramos, alguna amistad. El hecho es que la casó con uno, y se fueron. Pero después ¿usted sabe? como sucede muchas veces, el agua torna al molino. Parece que el alcalde ha dado en la manía de hacer que vuelva la de antes, precisamente porque ya tiene marido, porque tener un marido es lo mismo que quitar pretextos picaros á las malas lenguas. Luego, y éste es otro cantar, dicen que cuando la otra se fué... parece que el alcalde comenzó á rondar á la maestríta de las «Casas rojas», y por esta razón no he tenido yo disgustos en un poco de tiempo. Pero ¿qué quiere usted? Un poco tal vez porque las «Casas rojas» están á una milla del pueblo, otro poco acaso porque la señorita es una muchacha honrada...; quién supone que el motivo es el maestro de Azzorno, que quiere casarse con ella... ¡qué sé yo! En resumen, el alcalde quería que yo dejase otra vez el puesto á esa casada.

Divertíase el maestro observando el contraste que había entre la gravedad de aquellas revelaciones y el tono casi benévolo de la maestra; entre la reserva comedida de sus palabras y la malicia que centellaba en sus ojos, en los que se adivinaba una mujer muy decidida para luchar hasta lo último, siempre suavemente, con cualquier adversario.

—Pero—continuó diciendo la señora Falbrizio,—¡á veces... los hombres! Es claro que han principiado á decir: «que si mis discípulas no aprendían nada; que si yo no estaba suficientemente instruída.» Y hasta del miserable sueldo, trescientas sesenta y seis pesetas con treinta y tres céntimos; «ella es del pueblo, han dicho, y puede renunciar al pico», y me han quitado las sesenta y seis pesetas, que para mí significan algo. Sobrevino la cuestión de la nieve, y también esto lo tomaron á mal. Fíjese usted un poco en esto: yo me adapto á todo. El dependiente del Municipio no parece por casa; barro yo la escuela, y tan conforme. Tenemos allí una especie de estufilla; leña no me dan; las niñas traen cada una un tronco, y cuando los inviernos son malos, suelen los padres darles poca; eso sin contar con que de llevar la leña se hielan las

manos, y á las veces no quieren encenderla. Se pasa un poco de frío. Después, un humo que no le digo á usted nada. A todo esto, paciencia.

Pero como sucedió el año pasado que fué preciso dar unas vacaciones de cinco días por haber subido la nieve dos metros veinte centímetros, y hallarse la escuela sepultada hasta las ventanas del piso alto... ahora, imagínese usted que el alcalde quería que yo hiciera abrir camino á mis expensas. Esto no es justo, ¿no es verdad? ¡Una pobre mujer! Después vinieron los padres de las chicas para abrir un pozo, y habíamos bajado, como por un embudo, á buscar la puerta, que no se dejaba encontrar. Entre tanto el alcalde la tomaba, como siempre, conmigo. Nacia, puede decirse, un disgusto cada hora. Ocurrió después aquel bendito asunto del excusado... usted perdone. Pero ¿cómo no ha de hacerse oír la que tiene un poco de decencia? Habilitan ese otro cuartito para una escuela privada, cuyo maestro es hermano de la que se marchó, ¡y hay un solo excusado para mis niñas y para sus muchachos! Escribo al señor alcalde que eso no puede seguir así, y le digo, palabras textuales, «que es un escándalo inmoral». Me parece que no dije nada de excesivo. Sin embargo, no lo entiendo, también por eso se ofendió. Me contestó por escrito: «Mucho más inmoral es que una maestra dé el pecho á su hijo, en la escuela, delante de sus discípulas.» Dígame usted, señor maestro, si es esa una contestación justa.

—¿Y no contestó más?—preguntó el joven.

—¡Ah, sí! Respondió que era una ridiculez hablar de escándalo, porque los alumnos son pequeños. Vea usted si es tampoco ésta una razón que puede admitirse. Afortunadamente, se metió de por medio el superintendente, y obtuvo del carpintero, que está del otro lado de la calle, que permitiese entrar en su huerto á los muchachos. Pero también esto duró poco, pues el carpintero, en vista de que los muchachos se lo ensuciaban todo, comenzó á darles caza, y á lo mejor se veía á los pobres chiquillos correr por los campos, y (usted perdone) con las bragas en la mano; de modo que volvimos á lo de antes.

En una palabra: disgustos sobre disgustos. Ahora

ha sido peor todavía, pues aprovechándose de que yo estaba enferma, han enviado al dependiente municipal, con aquella barba, á llevarse los bancos de la escuela, y he llegado apenas á tiempo para impedirlo; porque ya había cogido dos. ¡Y todavía tener una que verse tratada de cierto modo! El dependiente, como es natural, lo aprende del alcalde; es un hombre un poco dado al vicio... de beber mucho; aunque, sea dicho entre nosotros, también el alcalde bebe... moderadamente; y cuando ha bebido un poco, el dependiente digo, deja que se le escapen unas palabrotas... No me importa que vaya alabándose de que esté mejor pagado que yo. «Justo, dice él; más gano yo con mi escoba, que usted con su pluma.» Y, al fin y al cabo, es muy verdad esto. Lo que me da pena son las mentiras que le hacen llevar por todas partes. Hasta ha hecho correr la voz de que no soy limpia, y que el inspector del año pasado, al levantarse de mi sitio en la escuela, se vió lleno de pulgas. ¡Una embustería! Lo digo muy alto; todos pueden ver mi ropa blanca, tendida al sol, á ver si esa es ropa de una mujer que descuida el aseo. Son cosas muy feas; dejemos que pasen.

El maestro se sintió humillado, por él, con tales suciedades; pero hallábase al mismo tiempo atraído por la relación de aquellas cosas y por la mansedumbre fingida con que la maestra las contaba.

—Ahora ya—prosiguió ella,—después que por enferma se despidió la señora Pezza, esperaba yo que el señor alcalde me dejaría en paz; pero no ha sucedido así. El alcalde está aún enojado conmigo, por ciertas palabras que se me acusa de haber dicho el verano pasado, contra el Concejo, delante de gente, por las cuales he estado suspensa de sueldo durante doce días; y no me lo ha perdonado nunca.

Y continuó, echando llamas por los ojos:

—¡Calumnias! Se lo aseguro.

—Pero ¿por qué—preguntó Emilio, después de reflexionar un momento,—esperaba usted que el alcalde cesase de hacerle la guerra una vez jubilada la señora Pezza? ¿Acaso porque puede llamar para ese puesto á la otra?

—No; no por eso—respondió la señora Falbrizio.—Esa no puede, porque no tiene título sino de grado inferior. Además, creo que ya no se piensa en ella. Ya se sabe, los hombres cambian. Lo decía, porque, naturalmente, ahora que está abierto el concurso, el alcalde procurará que sea nombrada una maestra.... Los hombres todos son así, poco más, poco menos; gustan de la juventud. Para una cara como la mía no dará, de seguro, la plaza. Entre tanto, el anuncio del concurso ya se ha publicado, y he oído que entre los demás documentos, se ha dicho que «las que posean su propia fotografía, pueden unirla á la solicitud.»

—¡Demonio!—dijo Emilio riéndose,—eso parece un concurso para matrimonio.

—Las habrá que la envíen—replicó la maestra con su tono benigno.—¡Hay tantas maestritas jóvenes que buscan colocación! ¡Son tan contados ya los concursos, que han menester amoldarse, para hallar un puesto, á todo lo que se les pida!... ¡Pobres muchachas! No quiero decir... las hay también que hallan marido honradamente. En nuestro pueblo, hay propietarios de éstos... hombres á la buena de Dios, aunque no en la flor de su juventud, que viendo á esas señoritas bien educadas, que se visten á la moda y hablan bien, se enamoran de ellas... aún sin que ellas den, como suele decirse, el primer paso. Tenemos aquí, por ejemplo, á la maestrita, señorita Vetti, de quien ya he hablado, la de las «Casas rojas», una joven honrada, de la que decían que iba á casarse con el señor Cavezzi, tratante en maderas; un medio campesino, si se quiere, pero que tiene el riñón bien cubierto. Dicen también que se veían... sin hacer nada malo, entendámonos. Pero ahora, no sé por qué (y le relucían los ojos), todo se ha disipado como el humo.

Más habría hablado; pero como entrase en aquel momento una parroquiana, la maestra cortó de repente aquella larga conversación, en la que había desahogado tanta rabia con tanta dulzura, y dijo á Emilio, que salía:

—¡Hasta la vista, señor maestro! Cuando suceda algo nuevo, si usted lo permite, le informaré, de todo.

Pero tengo esperanza de que las cosas vayan bien, si Dios quiere.

Desde aquel día, el pleito entre el alcalde y la maestra, en la existencia monótona del pueblo, fué el principal alimento de la curiosidad de Emilio. Dió de pronto y adrede una acometida sobre el asunto al secretario del Ayuntamiento, y el embarazo que éste mostró al defender al alcalde, mascullando palabras deshilvanadas: «equivocaciones... informes inexactos... no crea usted...» le convencieron de que era verdad todo. Aquella misma timidez de topo perseguido del secretario; la cual, antes que de su propia naturaleza, procedía en gran parte de un hábito adquirido en otros Ayuntamientos, de temer daño de todos, no se habría mantenido tan viva en Altarana (y así lo comprendió perfectamente Emilio), si no hubiese experimentado y conocido el secretario, en más de una ocasión, al alcalde como hombre violento, iracundo é implacable, cuando se encolerizaba con alguno. Pero no ya del alcalde, ni aún de sus enemigos, osaba el pobre secretario hablar mal; en aquella lucha de los dos partidos permanecía entre los concejales electos y los aspirantes á concejales, como un desdichado que pasase entre dos filas de carruajes á la carrera y en opuestas direcciones, sólo procuraba empujarse mucho é inspirar compasión; mandaba hacer la compra alternativamente en las tiendas de los vencedores y en las de los caídos, para no descontentar á nadie. A pesar de todo, á Emilio le agradaba, no solamente por el fondo de bondad que el infeliz dejaba transparentarse en aquel miedo suyo, sino también por razones de simpatía profesional, porque estaba, como él, mal retribuido; era, como él, vagabundo; como él, se hallaba á merced de todo el mundo y sin ser correspondido por el agradecimiento de ninguno. La recíproca simpatía, ayudada también por razones económicas, les condujo pronto á tener mesa común. El maestro bajaba á comer á casa del secretario, pagando un tanto al mes.

La comida era frugal; un litro de vino bastaba á los dos para ambas comidas; el precepto higiénico de que es conveniente levantarse de la mesa teniendo

todavía un poco de apetito, era cumplido rigurosamente. Al verlos á uno y á otro tan desmirriados, en aquella habitación desmantelada, sentados á una mesa, alumbrada por una ruin luz de petróleo, delante de una sopera de caldo clarucho, y con sendos vasos de vino aguado, cerca de un fuego moribundo, parecía enteramente estar viendo al «Trabajo» y á la «Necesidad» en casa de la «Escasez».

Una noche, mientras Emilio y el secretario estaban comiendo sin hablar, rompió el silencio una voz bronca que entraba por el ojo de la llave:

—Hay un muerto.

Emilio se estremeció, figurándose que se había cometido un homicidio á la puerta.

El secretario respondió tranquilamente:

—Voy ahora.

Y explicó al maestro que cuando moría alguno en el pueblo, si no encontraban al secretario en las oficinas del Ayuntamiento, iban á decirselo á su casa, para no tener necesidad de hacer dos viajes.

Otra vez fué interrumpida su cena por la voz de una mujer que, por el mismo sitio, decía:

—Señor secretario, hay una «inocencia».

«Inocencia», en el lenguaje del pueblo, era una manera graciosa de decir: «un recién nacido».

Pero esto sucedía muy de tarde en tarde. Las únicas novedades del día eran, de ordinario, las que llevaba el secretario del Ayuntamiento: «Mañana hay sesión; hoy ha llegado el empleado del Catastro; ayer tarde volcó un carro á la entrada de las «Casas rojas.»

Un día llevó una noticia extraordinaria:

—El alcalde ha salido para Turin. Preguntado por el maestro, después de haber echado una ojeada en rededor para cerciorarse de que no estaba allí Perpetua, respondió muy quedo, y poniéndose una mano al lado de la boca:—Creo que sea para el asunto de la señora Falbrizio... al Consejo provincial de Instrucción pública.

Efectivamente, tres días después, á la caída de la tarde, llegó el alcalde en coche, con su caraza afeitada y lustrosa de cocinero, en la que brillaba la altivez de la victoria, y el maestro le vió venir rápidamente

por la calle Mayor del pueblo, deteniéndose en varias tiendas para decir á voces:—¡Todo aprobado! ¡Todo aprobado! La maestra está despedida, pensó. ¡Adiós las trescientas pesetas! Preguntó al otro día á su camarada el secretario, el cual respondió que no sabía nada de cierto. Pero transcurridos tres días, el pobre hombre se presentó á comer con un semblante de tal modo turbado, que Emilio sospechó alguna borrasca en el Ayuntamiento. La había habido, en efecto. Había llegado la orden del Consejo que anulaba la despedida de la maestra por no estar dada en tiempo legal, y aplazaba todas las determinaciones hasta la próxima visita del inspector, y con aquel golpe se había enfurecido el alcalde en tales términos, que el secretario estaba todavía espantado. Curioso de ver á la señora Falbrizio triunfante, el joven fué al día siguiente á buscarla á la tiendecilla. Ya lo sabía todo. Estaba tranquila en el banco, dando de mamar á su chico, con su habitual aspecto de buena mujer resignada, pero con dos llamas en los ojos.—¿Lo ha oído usted?—dijo al maestro volviendo á poner al chiquillo en la cuna.—Ya pensaba yo que esto debía concluir de ese modo. Aquellos señores del Consejo han comprendido. Sin embargo... usted dirá que soy una simple; casi me da pena que ese buen hombre de alcalde haya tenido una mortificación por causa mía. Al cabo hemos envejecido en el mismo pueblo ¿no es verdad? Me acuerdo de cuando él era muchacho y estaba en la hospedería de los «Tres osos», que fregaba los platos y limpiaba las botas á los viajeros, y era un rapazuelo que se hacía querer de todo el mundo. Y al decir esto bajó los ojos para ocultar las llamaradas que echaba por ellos.—Y también he conocido á su pobre mujer, que le hizo pasar la infeliz cosas que no se dicen. Todos estos son recuerdos que le hacen á una tener cierto afecto á la persona.

—Ahora, sin embargo,—observó Emilio,—podrá usted dormir con sueño tranquilo.

—¡Ah! ¿Qué dice usted? ¡Dormir tranquila! Nada de eso. ¿Usted sabe? Ahora vuelve á principiar peor que nunca. Usted no conoce lo que es capaz de hacer, cuando se encoleriza, ese bendito hombre.

En efecto: la guerra había vuelto á comenzar. El alcalde visitaba ya, desde la noche anterior, todas las casas para persuadir á los padres á que no enviasen las niñas á la escuela de la Falbrizio, é iba diciendo á los rehacios:—«Soy alcalde; me necesitaréis un día ú otro, y si mandáis todavía las niñas á casa de esa tendera... lo veremos.» También la maestra había sabido esto. Creía asimismo que el alcalde llevaba una protesta contra ella para recoger firmas. Y no es esto todo, dijo para terminar:—Como el concejal Cavezzi, el que debía casarse con la señorita Vetti (y luego no se ha casado, no se sabe por qué) debe ir á Roma, dice que el alcalde le ha encargado de llevarme al Ministerio. ¡Una pobre mujer como yo llevada al Ministerio! ¿Quiere usted decirme si vale la pena? Basta, el señor inspector decidirá. Tengo confianza en mis superiores... sin anunciar disgustos á nadie. Después vendrá la maestra nueva, y su venida será un desahogo, si Dios quiere.

LAS ASPIRANTES

Emilio estaba también esperando la visita del inspector que debía fallar en el gran litigio. Los primeros meses del año nuevo pasaron sin acontecimiento alguno. Grandes nevadas, mucho silencio, noches eternas. El joven se entregó por completo al estudio, porque no se le quitaba de la cabeza la idea de las oposiciones en Turin, cuya dificultad le parecía enorme. Por la noche, después de haber ordenado el registro mensual, el anual, la decuria del día, la lista de los no asistentes, comenzaba á leer y á comentar los libros de pedagogía de Tommaseo y de Lambruschini, siguiendo el consejo del director Megari, de copiar y aprender de memoria cualquier periodo en el que estuviese bien expresado un pensamiento que á él le pareciese dificultoso de expresar de cualquier manera. En aquella quietud mortal del invierno de la montaña habíase encariñado el maestro con ese trabajo y se complacía, comprendiendo que había pensado muy intensamente, cuando al salir de una breve meditación le parecía que el torrente comenzaba de nuevo en aquel instante sus zumbidos, casi casi como si hubiese callado hasta entonces para no turbarlo. Así, la situación siempre igual de ánimo en que le dejaba la uniformidad monástica de aquella vida le facilitaba mucho el mantener en la escuela el método austero que había adoptado nuevamente. Sólo le distraía alguna vez el ordenanza, que vivía encima de la escuela, y que á

ciertas horas de la tarde, cuando echaba una siestecilla, roncaba con tal estrépito—alternando las notas de trombón con los rebuznos ahogados,—que muy á menudo le obligaba á interrumpirse; pero sobre este particular pensaba Emilio hablar al alcalde en la primera ocasión. La escuela nocturna también iba perfectamente; el joven había agregado una escuela dominical de dibujo de figura, á la cual asistían ocho alumnos entre adultos y párvulos, y que le servía á él mismo de provechoso esparcimiento. El superintendente no se dejaba ver nunca. Una sola vez, en todo el invierno, se presentó en la escuela para entregarle una circular impresa del inspector, el delegado de Instrucción primaria, un médico del pueblo, de mucha edad, todo pellejo y nervios, y con gran abundancia de pelos blancos y erizados; el mal humor personificado. Tenía para serlo varias razones. Padecía horriblemente de gota hacía ya muchos años, y le quebrantaban además grandes sinsabores ocasionados por varios hijos suyos, ya talludos, esparcidos por el país, uno de los cuales, maquinista á bordo de un piróscapo, le pedía dinero por el correo ó por el telégrafo desde todos los puertos de mar de ambos hemisferios. La impresión más viva que dejó en el ánimo del maestro fué la de la cariñosa franqueza con que expresó su enemistad al señor superintendente, al cual llamaba sin cumplimientos: el de la papada.—¿Viene muy á menudo el de la papada? Sobre esto lo mejor será que no hable usted con el de la papada.—Pero Emilio no pudo lograr del secretario de Ayuntamiento que le dijera de dónde procedía aquella enemistad, cosa que, sin embargo, debía de ser conocida en todo el pueblo.—Una equivocación, murmuraba el secretario; no hay otra cosa... y aún eso mismo no lo sé bien... Y habló favorablemente de uno y de otro.

Sin embargo, una noche, hacía últimos de Marzo, consiguió Ratti, por primera vez, que su compañero de habitación dejase escapar un secreto. Habíase encontrado por la mañana con la señora Falbrizio, recién levantada del lecho después de algunos días de calentura, durante los cuales había enviado dos veces á su marido, que no sabía leer, para que hiciese re-

citar la lección á las niñas; la maestra, saludando á Emilio al pasar, desde el lado opuesto del camino:— Una novedad, señor maestro. Han llegado las fotografías.

Quería decir las fotografías de las maestras que se presentaban al concurso. El joven no pudo saber más; pero fué á comer con el firme propósito de arrancar á toda costa aquel secreto á su compañero de casa. Precisamente aquella noche el humilde comensal de Emilio, ya porque hubiese recibido algún elogio, ya porque le hubiesen ofrecido alguna gratificación, estaba contentísimo, hasta el punto de hacer, por vez primera, al concluir la comida, un desatino del cual Emilio Ratti no le hubiese considerado capaz. Tomando las cosas desde muy lejos, refirió que un tío suyo, sacerdote, al morir hacía pocos años, le había dejado un depósito, muy poca cosa, pero que conservaba él como oro en paño, y al que recurría cuando más, dos ó tres veces al año, tanto porque era el único recuerdo que conservaba de aquel buen señor, cuanto porque siendo sus costumbres... En una palabra: el legado era una especie de bodega, una coleccioncilla de botellas de vino rancio, de las cuales, en prueba de amistad, quería que probase aquella noche su excelente vecino y buen compañero. Y dicho esto con cierto aire de misterio, abrió el armario acompasado y solemnemente, como podría haber abierto la caja de caudales, sacó de allí con mucho cuidado una botella, con mucho respeto la descorchó, hizo salir el vino como aceite en dos vasitos, de los cuales presentó uno al maestro, mirándolo con gran fijeza para ver con satisfacción la voluptuosidad extraordinaria que su amigo iba á experimentar. Emilio, á fuer de buen psicólogo, esperó á que la botella estuviese casi agotada, y su anfitrión bastante excitado, y entonces lanzó de repente la pregunta que le andaba por la cabeza hacía una hora.

—¿Conque han llegado ya, querido secretario, las fotografías de las maestras? ¿Hay alguna bonita?

El secretario quedó sorprendido.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó después de una pausa.

—Lo sé—respondió sonriéndose el maestro;—¿qué le importa á usted averiguar cómo? Vamos, amigo mío, ya sabe usted que en mi discreción puede tenerse confianza.

El secretario respondió con indiferencia:

—Las aspirantes son siete... Las fotografías no son más que tres. ¡Pche! Ninguna vale cosa.

—Sin embargo—observó el maestro,—las que hayan enviado su retrato creerían, fuerza es pensarlo así, que enviaban algo de particular.

El secretario miró en rededor suyo, y después, acercando su silla á la de Emilio y poniéndose de pronto encarnado, dijo muy quedo:

—Hay una que me gusta bastante. Una morena, que parece una virgencita, peinada de esa manera, con los cabellos lisos. ¡Pero tiene un aire tan bondadoso! Vestida de negro; una garganta hermosa. Su fe de bautismo dice veinticinco años. Ha enseñado ya, con aplauso, en un Instituto de Saluzzo. Título de grado superior, por de contado. ¡Y una boca!... Bajo mi palabra de honor, no he visto en toda mi vida boca más linda. ¿Usted conoce á la mujer del médico titular?... Pues bien; una figura de esa clase, pero mucho mejor. En una palabra: un prodigio.

—Esa será entonces la nombrada—dijo el maestro.

—¡Oh!—replicó el otro;—eso después dependerá de la Junta.

—¿Y las otras dos?—preguntó el maestro.

—Las otras dos—contestó el secretario, recobrando su animación, después de haber dirigido una ojeada hacia la cocina, pueden pasar.—Una rubia, de cuello muy largo. La otra es demasiado gruesa, aunque tiene unos ojos admirables. Pero no llegan, ni con mucho, á la primera. ¡Ah! la primera, querido maestro... A más de uno ha de robar el corazón.

—Me parece que á usted ya se lo ha robado.

El secretario hizo un gesto que significaba:

—Yo no entro en cuenta; un pobre secretario de Ayuntamiento no es un hombre; y suspiró. Después bebió un sorbo, y se rehizo.—Hermosísima boca... de veras. No he visto una boca tan preciosa en toda mi vida.

—Pero—dijo el joven como distraído,—¿producirá la misma impresión en el alcalde?

El secretario lo miró; después dijo con seriedad:

—No crea usted lo que le digan; ¿estamos? Las gentes hablan por hablar. El alcalde puede parecer... pero es hombre que sabe estar siempre en su puesto, incapaz de abusar. A propósito; no hable usted de estas cosas con nadie, se lo recomiendo á usted por Dios. Usted conoce mi situación. ¡Dios nos libre! He hecho mal en decirle...

Emilio manifestó que le ofendían aquellas desconfianzas.

—¡Oh! no, no quiero decir—se apresuró á replicar su vecino.—Sé con quien hablo. No se ría usted. Pero le recomiendo por Dios... Y... (agregó más quedo) ya que le he dicho media confidencia, voy á decírsela entera, para demostrarle la gran estimación que me merece.

Ya está nombrada la primera.

—¿Cómo se llama?—preguntó Emilio.

—Un nombre muy bonito: ¡Faustina Galli!—respondió el secretario; y escanciando las últimas gotas en los vasos, dijo con inusitada expansión y sin pensar las palabras:—Bebamos á la salud de esa señorita y porque Dios se la depare buena.

—¡Ah, ah! ¿Corre, pues, algún riesgo?—exclamó Emilio.

El secretario advirtió de pronto su imprudencia, y levantándose de la mesa algo avergonzado, y hasta despechado por primera vez, gritó:

—¡Eh! ¡Qué demonio de hombre éste! ¡Todas las palabras tienen para él mala interpretación!

Pero la palabra imprudente que comprometía á la autoridad había ya salido, y al secretario no le quedaba más recurso que recomendar otra vez al maestro que no hablase de aquello á nadie, después de lo cual se fué á dormir, desasosegado y lleno de remordimientos.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.

UN INSPECTOR AMENO

Emilio Ratti tuvo, por consiguiente, que esperar, además de las decisiones sobre el destino de la señora Falbrizio, la llegada de la señorita Galli, y estas dos expectativas variaron un poco el horizonte monótono de lo porvenir. La primavera alpina fué precoz. Hacia últimos de Abril comenzaron á fundirse las nieves, y las fuentes y los arroyuelos á murmurar por todas partes, y principiaron después los prados á cubrirse de margaritas, y los ganados á llenar el valle con el alegre són de sus esquilas, dominado por las prolongadas notas del cuerno del pastor. Con la huida del invierno, á despecho de la ley «sacrosanta», comenzaron á escarpase los escolares. El término medio de los asistentes á clase bajó, desde cincuenta, á treinta y cinco, de los setenta y cuatro que eran los obligados, y proseguía bajando. El alcalde hizo, eso sí, pagar algunas multas de cincuenta céntimos, amenazando con repetirla; pero los padres mismos declararon que aceptaban la multa y que pagarían las otras antes que privarse de los muchachos, de quienes habían menester para la labor, y cuando llegó el caso de imponer multas de tres y de seis pesetas á ciertas gentes que vivían con esa cantidad una semana, ni el alcalde tuvo valor para hacerlo. Al maestro, que le habló del asunto, le dijo:

—Veremos... se hará. Pero ya nos daremos por contentos si en el mes de Mayo no tenemos que cerrar la escuela. Además, la ley es nueva. No conviene asustar